

# SELECTA

VALOR  
\$ 120.-

REVISTA DIFUSORA DEL ARTE Y LA CULTURA - AÑO 2 - N° 3



Artes Plásticas • Literatura • Música • Teatro • T.V.  
Fotografía • Antigüedades • Subastas • Espectáculos

# CARLOS PEDRAZA

Ana Helfant



El Premio Nacional de Arte que en 1979, recayó en el pintor Carlos Pedraza sólo demuestra el inconveniente de la distancia existente entre uno y otro Premio Nacional de Arte, otorgado cada seis años. Varios fueron los candidatos esta vez, y en honor a la verdad, la mayoría de ellos tenían méritos de sobra para ser acreedores de dicho galardón; el máximo que se entrega en Chile como culminación de toda una vida dedicada al arte. Sería deseable que las autoridades se dieran cuenta del gran vacío producido en su otorgamiento.

De partida se establece una premisa errónea: mientras en literatura se entrega cada dos años, en Plástica sólo cada seis. Proporcionalmente hay una equivocación, porque se supone que el número de escritores merecedores de este reconocimiento nacional es tres veces superior a la actividad de los artistas plásticos. Y, a esto, se podría demostrar lo contrario, comparando el número de obras de autores nacionales publicadas en un año y la cantidad de exposiciones realizadas en el mismo lapso.

Hay en Chile tantos pintores y escultores en permanente actividad como hay escritores y no es posible comprender el trato tan diferente entre una y otra actividad artística.

Pero si hay que lamentar por aquellos que no obtuvieron el tan ansiado Premio, también hay que regocijarse por el entregado a Carlos Pedraza, pintor de larga trayectoria, miembro de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile, con una dilatada labor docente en la Universidad de Chile, desde 1936, año de su ingreso a la Escuela de Bellas Artes cuando fue nombrado ayudante de pintura de Jorge Caballero; luego profesor de croquis, más tarde reemplazó a Pablo Burchard cuando el maestro se acogió a jubilación. Finalmente fue director de la misma Escuela y terminó siendo decano, elegido en dos períodos.

En cuanto a premios, obtuvo sucesivamente los más importantes en el Salón Oficial, hasta conseguir el Gran Premio de Honor en 1950. Sus obras fueron expuestas en la Bienal de Sao Paulo y en exposiciones internacionales en los Estados Unidos, Brasil, Argentina, etc.

En resumen, esta es la actividad que podríamos llamar física de Carlos Pedraza. Pero con ello estamos lejos de referirnos al perfil artístico de su pintura, ya que en el fondo eso es lo que interesa sobre todo. Lo demás es un barniz superficial que no habría justificado la obtención del premio más importante que se entrega en

el país. Es su pintura la que fue premiada y eso hay que tenerlo bien presente.

## EL CROQUIS Y LA FIGURA HUMANA

En 1947 Carlos Pedraza fue nombrado profesor del curso de croquis, cargo que desempeñó durante doce años. El curso de croquis consistía en poses de cinco minutos de una modelo. Es necesario tener el trazo rápido para captar movimiento, formas y si es posible, hasta valorizar. Pedraza en el curso de croquis no sólo hacía dibujar a los alumnos, sino que él mismo trabajaba junto con ellos. Tal vez allí tendríamos que encontrar la raíz de su técnica pictórica, hecha en base a la captación apremiante de la naturaleza que tiene frente a sus pupilas.

Pero la cátedra de croquis se hacía en la Escuela de Bellas Artes basada en poses de la figura humana, generalmente desnudos. Y sin embargo, nada de esto aparece con posterioridad en su obra pictórica. El pintor confiesa:

"En mi juventud hice algunos retratos y pinté algunas telas con figura. Era casi obligatorio en los años de estudio. Sin embargo nunca me sentí cómodo frente a la figura humana. Aquellas telas no me gustaron y fui destruyéndolas hasta que no quedó ninguna. Me encontré a mi mismo cuando empecé a pintar el paisaje. Allí sentía que podía explayarme."

Realmente en ese sentido, Pedraza es el seguidor de toda una serie de pintores chilenos que encontraron en el paisajismo su lenguaje más natural. Tal vez es un inconsciente seguidor de Juan Francisco González, a quien aparentemente no conoció porque él entró en Bellas Artes tres años después de la muerte del maestro. Pero lo que determina la tónica de las características de una pintura nacional son precisamente estas afinidades, estas coincidencias reiteradas, sin la necesidad de que un artista sea discípulo de otro. Es cierto que las gamas de colores de Pedraza nada tienen que ver con las que empleaban don Juan Francisco. Pero, en uno y otro caso, estamos ante una pintura netamente atmosférica, en la que los contornos de la naturaleza diluyen su cromatismo.

Si el paisaje y la técnica son en cierta medida similares, también ambos pintores encontraron en la naturaleza muerta y en los cuadros de flores una motivación para sus cuadros, aunque las flores de Juan Francisco González y las de Pedraza son muy diferentes entre sí.

La zona de Santiago, con sus alrededores, son los motivos que aparecen en los cuadros de paisaje de Carlos Pedraza. No es una simple coincidencia. La zona central, con sus brumas y sus leves neblinas, produce el efecto difuminador de los contornos, la visión entre realidad y ensueño que caracteriza su obra. Madrugador por excelencia, Pedraza capta sus paisajes a tempranas horas del día, cuando el cielo se mancha de tonalidades rosadas sorprendentes y cuando la presencia del ser humano le molesta menos para trabajar.

Se suele llamar "impresionista" todo este tipo de pintura en que el pincel se ha deslizado en forma rápida, aparentemente espontánea sobre el lienzo. Creemos que hay que dejar la denominación de impresionista para los pintores que realmente lo fueron y en el caso de Pedraza preferimos hablar de una pintura emocional.

Nunca el pintor puede aprehender toda la realidad, siempre tendrá la opción de elegir una manera de enfocar su expresión, su mundo circundante, de manera que esté de acuerdo con su manera de ser, su temperamento, su sensibilidad. El pintor podrá dar rienda suelta a su intención de aprisionar las formas, su anhelo de reordenar la naturaleza, lo que produce como efecto una obra donde la lógica predomina, o bien por el contrario, se dejará seducir por la subjetividad de sus emociones frente a los fenómenos circundantes. Para estos últimos pintores, se podría decir que el mundo es un caos delicioso, hecho de colores musicales, de vibraciones infinitas. La atmósfera lo envuelve todo y la luz modela o difumina los volúmenes. En los cuadros de los pintores "emocionales" se percibe la idea de espacio sólo por medio de estos juegos de luz y de atmósfera.

Pero si bien es cierto que en esta agrupación de pintores "emocionales" hubo algunos que trabajaron apoyándose en su sólido instinto de aprehender la realidad, en una seguridad íntima de su emoción frente a la naturaleza, por el contrario hay otros que aún dejando libre su intuición, aún se proponen un esquema previo a la ejecución de la obra. Desde el momento mismo en que empiezan a "manchar" la tela, lo que significa prácticamente la trama de la futura obra, la entonación general del cuadro está siendo establecida. Así pues, habrá un doble enfoque entre la pura emotividad arrebatadora dinámica y la reflexión estabilizadora. Este es el caso de Carlos Pedraza. Aparentemente pintura hecha de pura emoción e intuición, Pedraza es el artista que ejerce una especie de control mental sobre su trabajo. En sus ágiles arpegios de color, que parecen brotar de una naturaleza no sólo llena de sensibilidad, sino de fuerzas subterráneas que brotan a borbotones, sólo el ojo avizor comprende cuánto hay de una labor racional entretejida en todo ello.

Pedraza, el pintor de los paisajes, pero sobre todo de los cuadros de flores, presenta así la riqueza de su enfoque del mundo subjetivo en que vive.

## FLORES

Carlos Pedraza se avenía mal con la pintura de figuras. Esencialmente porque es un pintor que gusta de trabajar en el silencio, en un ambiente aislado donde él crea su propia atmósfera. En su taller se encuentran objetos delicados, cristales antiguos finamente tallados, porcelanas que evocan otros tiempos y otros gustos. Podría llamarsele el Marcel Proust de la pintura chilena. Hay un mismo afán de evocación, un mismo trabajo introspectivo de un temperamento delicado, sensitivo. Frente al tam-tam de la vida moderna, Pedraza opone su creencia en la inmortalidad de los flores, en la vigencia de una suntuosidad visual, despliegue de ilusiones lumínicas, etéreas, transparencias aún en las zonas de sombra o de penumbra.

Es la pintura de un sensual de gustos refinados. Sus sentidos se deleitan en el goce de objetos delicados, frágiles. En nuestro mundo de violencia, hecho de agresividad y de absurdos, Pedraza viene a simbolizar la búsqueda de una armonía interior como el perfume de unas flores en la ciudad envenenada de emanaciones.

Sin embargo, esta búsqueda de armonía, este tierno y febril estremecimiento frente a la naturaleza, este deleite en las materias delicadas y voluptuosas, estas luces y estas transparencias que corren los contornos y dan un aspecto mágico a la realidad, no es el producto de un espíritu plácido, sin inquietudes. La espontaneidad de su pincelada denota tensiones interiores, estallidos emocionales profundos, sinceros. Y cuando el pintor teme adocenarse, caer en un puro tecnicismo efectista, entonces confiesa, vuelve humildemente al estudio académico de la naturaleza muerta, regresa al reencuentro con la materia objetiva, sin arrebatos de maestría. Estudioso se coloca frente al caballete con la misma curiosidad con que en los años de estudio se colocaba frente a las naturalezas muertas en las clases de su maestro de Bellas Artes, Jorge Caballe-



ro. En este retorno a la objetividad, menos poética que las mesas donde juegan los rayos de sol, en sus cuadros, Carlos Pedraza encuentra la fuente de una disciplina más rigurosa. Entonces puede mirar nuevamente la gracia de unas flores que se desvanecen en un florero, con las gamas rosadas, grises y doradas que hacen inconfundible su pintura.

El pintor confiesa que prefiere pintar los paisajes en las primeras horas de la mañana, en temporadas de primavera y sobre todo de otoño. En uno y otro caso los colores sufren una transformación, pierden sus arrebatos de colores puros y se transforman en ricas gamas tornasoladas. El color puro, que suele ser el que emplea el pintor del siglo veinte, por influencia de Gauguin y de Van Gogh y luego de los "fauves" franceses y de los expresionistas alemanes, nunca ha aparecido en la paleta de Pedraza. Hay una alquimia en las gamas de sus colores, como esos viejos secretos de taller que guardaban los maestros de antaño. Y es precisamente en estas gamas cromáticas, musicales en la fluidez de sus ritmos en donde está más viva la personalidad del artista.

## LA UNIDAD DE SU OBRA

Desde 1941, año de la Primera Medalla del Salón Oficial llamado del Cuarto Centenario de Santiago, hasta este momento, cuando ha recibido el Premio Nacional de Arte, el conjunto de la obra de Carlos Pedraza no presenta épocas dispares. Cuando muy joven descubrió la posibilidad de pintar el paisaje y tal vez por admiración a Pablo Burchard, el gran maestro, Pedraza logra su verdad. Desde ese momento es inflexible frente a las variantes que se produjeron en el arte, durante casi cuarenta años. Es el típico caso del pintor subjetivo que mira hacia su interior, hacia su intimidad, de allí que lo hayamos llamado "proustiano". Nada fuera de su propio mundo lo conmueve, sólo las armonías y los ritmos sutiles y delicados de la naturaleza.

En nuestro cambiante mundo en el que los artistas muestran variaciones pendulares, habrá que saludar a Pedraza por esta convicción férrea, con proyecciones hacia el futuro, de una verdad que lo ha acompañado a lo largo de una vida. Su obra, desde el principio y hasta este momento, a lo largo de cuarenta años de actividad, exhibe una gran unidad. No podemos hablar de la época tal o cual. Es siempre una y la misma, compartida entre paisajes, naturalezas muertas y cuadros de flores. La luz y las transparencias etéreas de su colorido las encontró desde joven y las ha mantenido siempre. Y tras todo esto hay que hacer notar la voluntad del artista solitario que, a pesar de los importantes cargos ocupados, impone su personalidad de tal por sobre el funcionario.